

cia de esta «tierra de Jadraque», nacida por un emancipador deseo de don Juan.

Pronto el castillo había de vincularse a linajes nobiliarios. Gómez Carrillo, «el feo», camarero prócer del Rey, ayuntaría con doña María de Castilla, nieta de don Pedro el Cruel, y a ellos iría la posesión de la fortaleza jadraqueña como regio regalo de bodas. ¡Y qué regalo! ¡Qué balcón para una noche de luna de miel, el antepecho murado del castillo, desde cuya altura el cielo era un infinito sembrado de estrellas, y la tierra, una extensión infinita y aromada, con rumor de oleaje de mar...! ¡Lástima que los hijos de este matrimonio no supieran conservar lo que fuera nido de amor del camarero del Rey don Juan y de la nieta del Rey don Pedro, Rey más enamorado que cruel! Salió el primogénito medio loco, y enajenó la fortaleza al alcaide de Medinaceli, que tampoco la hubo mucho tiempo, ya que en Sigüenza se alzaba la llama morada del obispo don Pedro González de Mendoza, deseoso de que su mitra tuviese por solio y baldaquino el castillo del Cid, que tanto hablaba de las luchas centenarias en defensa de la fe.

Compró el prelado el castillo, dando por él la Alcaldía Mayor de Toledo, amén de otros lugares y no poca pecunia. Se firmó la escritura en Guadalajara, a 23 de noviembre de 1469, con doña Isabel y don Fernando sobre el trono del «monta tanto».

Don Pedro, el cardenal, rehizo el viejo castillo de arriba abajo; curó sus heridas desportilladas; restauró sus torres; alhajó sus salas; puso hombres de guarnición en sus troneras, y alegró con trovadores el antiguo silencio de su senectud. Revivió el castillo de Jadraque, y el pueblo creció y se esponjó a la sombra del Cardenal, que si en Sigüenza tenía Catedral y Cabildo, aquí tenía fortaleza y palacio, y un horizonte infinito por donde dejar vagar los ojos en contemplaciones de patria ya conseguida.

Tuvo también el Cardenal «sus pecados».

«Los bellos pecados del Cardenal», que decía, muy comprendora de miserias humanas, la señora reina doña Isabel. Fueron sus hijos, don Rodrigo y don Diego, hermosos como el gozo mismo e impetuosos como la sangre pecadora de su progenitor, el mundano Cardenal.

Don Rodrigo antepuso a su apellido Mendoza los de *Díaz de Vivar*, en recuerdo del viejo Cid, del que le hablaba perennemente el ingente castillo comprado y rehecho por su padre. Usó el título de Marqués del Cenete y fue el primer señor de la villa de Jadraque, cuyo caserío tenía, como alfombra, a los pies de la fortaleza cidiana. El otro «pecado», don Diego, fue Conde de Mérito y Virrey de Valencia, que también le recordaba, por lo bien ganada, al famoso Cid Campeador.